

á Pedro Dantenac, á propósito de su protegida, era universalmente aceptada.

Era falsa; pero únicamente el barón conocía la verdad, y se guardaba muy bien de decirla.

Cesaron de vibrar los últimos acordes de la orquesta. Jacobo Mosés ofreció el brazo á su pareja, y dió con ella una vuelta por el salón antes de dejarla en su asiento.

Pedro Dantenac, con el corazón oprimido por la emoción y el espíritu lleno de quimeras, nada había visto, nada comprendía. Cuando Jacobo Mosés y Matilde pasaron cerca de él, el barón señalando la joven con la mano le preguntó:

—¿Es ella?

Y Pedro Dantenac respondió con voz temblorosa:

—Sí, señor barón.

—Pues bien, amigo mio, conozco sus sentimientos; si usted quiere, será para usted, pero es preciso hablarla y decirselo.

Matilde y su compañero estaban ya lejos.

Dos minutos después, Pedro Dantenac que se apoyaba en la pared para no caer al peso de su felicidad, se volvió para buscar al barón y pedirle consejo.

El banquero se había perdido entre la multitud.

## XIV

## Promesas.

Su invencible timidez le tenia sujeto al muro en que se apoyaba.

Sin embargo, era preciso decidirse.

La orquesta dejó oír los acordes de una mazurka y cien bulliciosas parejas se apresuraron á lanzarse al salón en alegre torbellino.

En un ángulo del salón, muy lejos de la puerta, Matilde resistía las invitaciones de algunos jóvenes que la solicitaban para bailar.

De cuando en cuando lanzaba hacia la puerta una rápida mirada y parecía esperar á que Pedro Dantenac se dirigiera á ella.

Con una última mirada la joven le prestó el valor necesario.

Se dirigió, vacilando, entre los bailarines y cuando estuvo cerca de la joven se inclinó profundamente diciendo:

—¡Señorita!...

No pudo concluir la frase que quedó paralizada en su garganta.

—¿Quiere usted hablarme, caballero?— dijo ella afectando cierto asombro.

—Sí, yo suplico á usted un momento de atención.

El joven estaba sofocado hasta perder la razón.

Su voz temblaba, su turbación se adivinaba al primer momento.

¿Tuvo la joven piedad de aquella emoción en un hombre tan fuerte como él?

¿Comprendió por lo agitado de la voz, por el intenso rubor del joven, el amor que inspiraba?

—¡Dios mío!—murmuró la joven—tranquílcese usted, parece estar muy alterado...

—Y en efecto, lo estoy... más de lo que usted puede figurarse.

—Pues qué, ¿lo que usted tiene que decirme, es muy grave ó muy difícil?

—Difícil para mí, que me turbo solo por estar delante de usted; difícil para mí, que tengo tan poco conocimiento del mundo.

—¿De veras?—dijo ella con un gesto lleno de coquetería.

—Grave, porque se trata de mi porvenir, de la felicidad de toda mi vida.

—¡Oh! cuanta poesía,—dijo Matilde sonriendo picarescamente.

Y señalándole el diván le invitó á tomar asiento diciendo:

—¿Se sienta usted? Para hablar creo que estaremos mejor.

Y viendo que el joven no sabía seguir, dijo la joven mordiéndose los labios:

—Dier veo que soy yo la que tengo que hablar; de otro modo no nos entenderemos nunca. Me parece que me hago cargo de la situación á pesar de mi poca experiencia. En una palabra, ¿usted ha hablado con el barón Mosés?

—Acabo de dejarle.

—Les he visto á ustedes de lejos. Las muchachas solteras tenemos una vista muy penetrante. Se ha enterado usted de mi situación. Soy una hija sin padres, ó al menos no los he conocido nunca, lo que viene á ser lo mismo. No cuento con otra riqueza que su protección... antes creía ser más rica, pero en una entrevista reciente me he enterado de la verdad y sé que soy pobre. Esta es sin duda la causa de que hasta ahora nadie me haya pedido en matrimonio... Entonces el barón, llevando su bondad por mí hasta el último límite, me ha buscado un marido con las condiciones necesarias para hacer la felicidad de una mujer... y ese marido es usted... Unicamente que si usted consiente en acceder á ello, será por obedecer al barón, ¿no es cierto?

La joven había dicho este largo párrafo sin detenerse, mirando constantemente á Pedro Dantenac, que, por su parte, no apartaba sus ojos de los de Matilde.

Su voz le impresionaba; llegaba hasta lo más profundo de su alma. La joven hacía vibrar las más dormidas cuerdas de su corazón.

—Se equivoca usted—replicó.—Es cierto que el barón me ha hecho venir aquí para hablarme de usted; pero no lo es menos que al hacerlo colmaba todas mis esperanzas, pues yo nunca me hubiera atrevido á acercarme á usted, y el barón ha sido intérprete de mis más secretos deseos.

—¿Qué dice usted?—dijo Matilde encogiéndose coquetonamente sus hermosos hombros medio desnudos.

—¿Recuerda usted un baile del invierno último?

—He asistido á varios.

—¿En el hotel Mosés?

—Quizá.

—Yo estaba solo en un rincón, perdido entre la multitud, sin conocer á nadie, agobiado por mi incurable timidez.

—Perfectamente; ya me voy acordando. Continúe usted.

—Usted se llegó hasta mí... me cogió usted de la mano.

—Por cierto que bailaba usted mal.

—Nunca he aprendido, y las ocasiones que he tenido de ejercitarme han sido tan pocas....

—No es un reproche que le dirijo á usted... Me parece que entonces estuvimos hablando....

—Largamente.

—Usted me explicó su juventud.

—Muy pobre; en las montañas de Luchón, y después en el seminario de Tolosa, donde mis gastos absorbieron las economías de toda la familia, una tía y varios hermanos... ¡Si usted supiera qué buenos son, y cómo nos queremos!... Si alguna vez quisiera ser rico, más lo desearía por ellos que por mí.

—Es un cariño muy natural... Y ¿cuántos son los hermanos?... Me parece que son tres....

—Tiene usted buena memoria.

—¡Oh! muy buena; ya lo irá usted viendo... Me parece que aun me acuerdo de sus nombres...: Luis, Miguel y... Juan. Juan es el menor, y es guía, ¿verdad?...

—Sí.

—¿Ve usted como nada de lo que se refiere á usted me es indiferente?...

—¡Cuánto la van á querer!

—Sin duda, casi tanto como usted—dijo la joven, no sin ironía.

—Vamos, ahora no habla usted con formalidad.

Ya lo creo.

—¿Acaso duda usted de mis sentimientos?

—No—dijo la joven gravemente,—porque para casarse con una mujer como yo se necesita amarla de veras.

—Matilde—murmuró el joven con voz temblorosa,—no encuentro medio de expresar mis pensamientos... Estoy bajo el influjo de una emoción demasiado viva, de una turbación tan intensa que usted no podrá comprenderla; pero juro á usted que nunca mujer alguna ha sido adorada como yo la adoro. Desde la noche del baile, en que tuve la dicha de hablar con usted, mi pensamiento la pertenece por completo...

—¡Si no hablamos más que un instante!

—¡Pero es usted tan hermosa!

—La belleza no es una virtud. No debe usted olvidarlo. Es solo una casualidad, un accidente, una ventaja pasajera,

—Y además es usted muy buena, estoy seguro.

—¿Y en qué funda usted esa seguridad?

—Lo demuestra usted con el sonido de su voz, con el encanto de sus ojos; lo comprendo por la amabilidad con que me escucha.

—¿Y por qué no había de escucharle? ¿Acáso es usted de condición inferior á la mía? ¿Qué soy yo? Una joven sin familia, sin nombre, sin otro dote que el que pueda esperar de la caridad de un extraño; incapaz de sostenerme si esa persona dejara de prestarme su apoyo; bella, puesto que usted lo dice; ¿pero de qué podría servirme esta belleza? ¿Qué sería yo, entregada á mis propias fuerzas? Usted es una Providencia para mí, y en el fondo del alma doy las gracias á Dios y al barón, que le envían.

Estaba encantadora, expresándose con aquella ligera malicia que le hacía tan agradable.

—Y qué... ¿consentiría usted?—suplicó el joven.

—Ya vé usted que no puedo elegir... No tiene usted competidores.

Dantenac se animó hasta cogerla una mano, que estrechó cariñosamente entre las suyas.

—Señorita...

—Llámeme usted Matilde, hábleme usted como un amigo.

—Matilde, usted no puede comprender lo que pasa por mí... Creo que estoy deli-

rando... nunca hubiera esperado una alegría semejante á la que acabo de experimentar. ¡Si llega usted á ser mi mujer, no sé de qué exfuerzo seré capaz para conquistarme una posición digna de usted! Nada me parecerá bastante. Noche y día, no tendré otra preocupación ni otro pensamiento que su felicidad. Mi vida la consagraré por completo á este fin. ¡Hábleme usted! ¡Que yo pueda escuchar su voz! ¡Dígame usted que todo lo que ahora pasa no es una quimera!

La joven desprendió su mano dulcemente de las del joven, diciendo:

—Vamos, amigo mio, cálmese usted... no estamos solos... nos observan...

La mazurka concluía. Las parejas se iban separando y se formaban grupos en los balcones.

La joven se levantó y dando el brazo á su enamorado, marchó con él hacia una estufa que se abría en la estremidad de los salones.

Allí, paseando sobre la candente arena de los paseos, bajo las palmeras y los plátanos, aspirando el perfume de las orquídeas y las lianas de toda especie, le dijo:

—En resumen, ¿usted me ama, según dice?

—Perdidamente, locamente.

—Sí, locamente, á pesar de que casi no me conoce,—repuso ella con intención sarcástica.

—Sé que se llama usted Matilde, que

es hermosa, que sueño con usted hace mucho tiempo, y que la esperanza de que pueda usted ser mía me trastorna de felicidad. ¿Acaso se necesita otra cosa?

La joven se mordió los labios y suspiró.

Indudablemente la asaltaban los remordimientos.

Aquel engaño á que la obligaban con un hombre bueno, generoso y confiado, enamorado ciegamente de ella, la repugnaba.

Aquel admirador entusiasta de su belleza, acababa de inspirarla una secreta simpatía, y admiraba en él el respeto con que la trataba, á ella, que tan poco considerada era, educada, como había sido, entre un protector de violentas pasiones y un compañero, que pronto había llegado á ser su amante, corrompido, como ella, por las adulaciones de la servidumbre que la rodeaba. ¿Pero qué hacer?

La desgracia era irreparable.

Aun vacilaba antes de dar el último paso.

—¿Sabe usted—manifestó la joven—que es usted extremadamente confiado?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que generalmente nadie se compromete como usted sin estudiar antes la persona elegida; que las aperiencias suelen engañar muy á menudo, y, finalmente, que el matrimonio es un juego en el que aseguran que es preciso contar con muchas probabilidades.

La joven se detuvo incierta y anhelosa. Rodeaba la dificultad sin atreverse á abordarla francamente.

Su orgullo se sublevaba delante de una confesión que equivalía á una ruptura cierta, un escándalo ruidoso, y la cólera de su protector, cuyas órdenes ejecutaba.

¿Qué sería de ella si la abandonaba?

Acostumbrada á la comodidad en que había vivido, gracias á él, no se atrevía á contrariar sus deseos, y, mientras paseaba, vacilante, del brazo de aquel hombre que se veía obligada á engañar, la parecía escuchar la voz imperiosa del barón, que decía:

—Es preciso... lo quiero.

En una avenida paralela á la que seguía, del brazo de Pedro Dantenac, la pareció escuchar ruido de voces que se aproximaban.

Bien pronto distinguió, á través del follaje, al barón Isaac, que se acercaba apoyado en el brazo de su futura hija, la señorita de Villedieu.

La mirada de Matilde se cruzó con la del banquero.

De una ojeada el barón renovó tan energicamente sus órdenes, que la joven se decidió á obedecer.

¡Tanto peor! ¡No podía vacilar!

Se detuvo en la orilla de un lindo estanque de mármol en el centro del cual un grupo de tritones lanzaba un raudal de agua cristalina y sonora.

—Señor Dantenac—dijo de modo que

podieran oír la el barón y la señorita de Villedieu — ¿está usted bien seguro en la petición que me ha hecho?

—El joven se inclinó profundamente.

—¿Es mi mano lo que usted quiere?

—Con toda mi alma la deseo.

—La mano... — replicó Matilde con una voz casi agresiva y llena de reservas, — en cuanto al corazón, convenga usted conmigo en que he sido sorprendida, y aun no he tenido tiempo de pensarlo.

Dantenac la contempló con sus grandes ojos llenos de amor.

—Tiene usted razón, — dijo — ahora la mano, el corazón más adelante. Yo haré todo lo que de mí dependa para merecerlo.

—Pues bien, — terminó la joven — de usted es; si mas adelante tiene ocasión de arrepentirse, no culpe á nadie más que á sí mismo.

## XV

### Dos matrimonios

El veintiocho de octubre los dos matrimonios se celebraron, casi secretamente el uno y otro.

La señorita de Villedieu soportaba una alianza que se la antojaba, una apostasia.

A pesar de que no renunciaba á su religión, se avergonzaba por las humillaciones que á causa de su matrimonio tenía que sufrir.

La Iglesia reprueba esas uniones; únicamente el Papa tiene el derecho de autorizarlas; pero de una manera casi despreciativa.

El sacerdote debe limitarse á escuchar el mútuo consentimiento de los esposos, sin pronunciar ninguna plegaria ni bendición.

Jacobo Mosés y Elena de Villedieu, acompañados de muy escaso número de parientes y amigos, se presentaron á las nueve de la mañana en la sacristía de Santo Tomás de Aquino.

Al cabo de algunos minutos ya había terminado.

Por secreta que hubiera sido aquella estraña ceremonia, no dejó de atraer cierto número de curiosos.

La recién casada pasó por delante de ellos, con la cabeza baja, confusa, humillada en el fondo del corazón por el silencio de los órganos y por la imponente tristeza de aquella iglesia, tan brillante cuando sus jóvenes amigas entraban del brazo de su padre para salir del brazo de su esposo en medio del resplandor de las luces y del estrépito de las campanas. Su matrimonio, más que esto, había parecido una ceremonia fúnebre.

Elena de Villedieu se veía acometida de los más tristes presentimientos.

Una voz secreta la anunciaba que su matrimonio sería causa constante de disgustos y pesares; no pudo respirar con libertad hasta que se vieron en la calle.

Una vez en su carruaje se sintió más tranquila, y delante de Caussédé, testigo de Jacobo Mosés, dijo á su marido con voz llena á la vez de firmeza y emoción:

—Agradezco el sacrificio que ha hecho usted por mí, y le juro aquí, ya que no he podido hacerlo delante de mi Dios, ser para usted una buena y honrada esposa.

Jocobo Mosés por toda respuesta cogió una de sus manos y la llevó distraidamente á sus labios.

He aquí lo que pasaba pocos momentos después en San Felipe de Roule.

Próximamente á las once, una boda de las más sencillas penetraba por una de las puertas laterales y se dirigía á la capilla del fondo, cerrada con vidrieras de colores que dejaban en la sombra rostros y vestidos.

Únicamente algunos cirios arrojaban su luz incierta sobre las doce ó quince personas que constituían todo el acompañamiento.

No había el menor aparato.

Así lo había dispuesto Matilde, la protegida del barón.

Por su parte no asistía nadie; nada de parientes ni amigos, puesto que no los tenía. Únicamente asistían como testigos el marqués de Caussédé y el barón Isaac Mosés.

Allí estaban los tres hermanos del novio, los tres pequeños, morenos y con su aspecto rudo. Únicamente Pedro se distinguía de ellos lo mismo que se distin-

guía por sus costumbres y por su fortuna.

El matrimonio de su hermano con aquella hermosa Matilde, orgullosa como una reina y con un millón de dote que la señaló el barón, les parecía una escena maravillosa y no acababan de convencerse de la realidad.

Sin embargo, no se podía dudar: el contrato había sido firmado el día anterior; el matrimonio estaba ya regularizado en la alcaldía; faltaba únicamente la ceremonia religiosa.

Los tres hermanos se habían alojado en las habitaciones de su futura hermana, en la calle del Circo, en un delicioso local que atestiguaba la riqueza sólida y el buen gusto.

Además, Pedro Dantenac, independientemente de la dote que debía á la generosidad del barón Mosés, iba á desempeñar un puesto soberbio en Lisboa.

Su fortuna y su porvenir estaban asegurados, gracias al apoyo del poderoso financiero.

Aquello era demasiado hermoso.

El no pensaba más que en su dicha, que, por decirlo así, le embriagaba.

Apenas se atrevía á levantar la vista sobre aquella encantadora mujer que de tal modo le favorecía.

Estaba admirable con su vestido de raso blanco adornado de flor de azahar.

Pedro Dantenac, despues de mucha insistencia, había logrado que la tía Julia dejase venir á sus sobrinas.

Allí estaban Marieta y Benedetta, modestamente vestidas, pero encantadoras, á pesar de la sencillez de su atavío tan en armonía con su fortuna.

Marieta, siempre alegre y bulliciosa, permanecía pensativa cuando contemplaba á su hermana, cuya palidez y tristeza se destacaban á primera vista.

Benedetta estaba desconocida.

¡Qué cambio había experimentado la que por su ideal belleza había merecido que los turistas, encantados, la designasen con el nombre de la virgen de Marignac!

Siempre estaba hermosa, quizás ahora más que nunca.

Pero sus facciones estaban más pronunciadas; sus ojos cubiertos por una nube de sombría tristeza; su cuello ostentaba palideces enfermizas; sus labios se agitaban como si estuviera atacada de esa mortal debilidad que se llama la anemia.

Oraba, apoyada en su reclinatorio, con la cabeza sujeta entre las manos, mientras el sacerdote pronunciaba rápidamente las oraciones que consagran la unión de los nuevos esposos.

¿Qué imploraba? ¿El olvido de la escena horrible cuyo solo recuerdo la helaba de espanto?

¿O pedía el término de las mortales angustias que la atormentaban?

Quebrantada por la fatiga del viaje, se había quedado la víspera en el hotel y no

había asistido al contrato, ni al matrimonio en la alcaldía.

En el momento en que el sacerdote se volvía á los asistentes y pronunciaba estas palabras, antiguas como el culto católico, *¡Ite missa est!* Marieta se inclinó sobre su hermana, murmurando estas dos palabras:

—¡El barón!

Benedetta experimentó una terrible sacudida y se incorporó sobresaltada.

Allí estaba, en efecto, á dos pasos de ella, envuelto en un abrigo de pieles, devorándola con su mirada penetrante y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Desde la horrible noche de los tristes recuerdos, la joven no había tenido ocasión de verle.

¿Por qué se apoderó su pensamiento con tanta insistencia de la incierta visión que había tenido al salir de su sueño letárgico?

—¡El! ¡él! — balbució con todos sus miembros agitados por temblor convulsivo.

Y al mismo tiempo percibió el primer estremecimiento de un ser vivo que se agitaba en sus entrañas.

Se llevó una mano á la boca para apagar un grito, y con la otra se cogió á su hermana, vacilante, próxima á desfallecer.

El barón se aproximó y la dijo con dulzura:

—¿Qué la sucede, hermosa niña?

Las facciones de la desgraciada se contrajeron, extendió un brazo para rechazarle, cerró los ojos para escapar á aquella visión horrible, y apoyando su rostro en el hombro de Marieta, suplicó:

—¡Vámonos! ¡vámonos!

Y convulsivamente repetía espantada:

—¡El! ¡él!

Entonces una sospecha rápida como un relámpago atravesó el pensamiento de la hermana mayor.

Comprendió vagamente las torturas que Benedetta la ocultaba hacia algunos meses.

Y como el barón Mosés, impasible, murmurase al oído de la víctima algunas palabras de consuelo y adhesión, oyó como Benedetta, trastornada, le contestaba con voz desfallecida:

—¡Déjeme usted, déjeme usted!

Y falta de fuerzas, agotada la energía de la pobre joven, concluyó por caer inanimada sobre el suelo.

Aquella misma noche, Jacobo Mosés y Elena de Vil'edieu salieron en el rápido para Niza y Monte-Carlo.

Pedro Dantenac, con su mujer, se dirigió á Lisboa.

Los tres hermanos volvieron el uno á su regimiento y los otros á Luchón en compañía de las dos huérfanas.

Nadie se había explicado el desfallecimiento de la pobre joven en San Felipe de Roule.

El prólogo del drama había tenido lu-

gar. No debía tardar en seguir la catástrofe.

## XVI

### La posada de la Gamuza.

En la extremidad de Luchón, el viejo, el que habitan las gentes del país y no la turba cosmopolita que hormiguea de junio á setiembre, y arregla sus equipajes cuando el gran Casino cierra sus puertas, puede verse una casa grande muy antigua con dos pabellones que, formando martillo, avanzan hasta la calle ó mejor dicho carretera de San Aventin.

Esta carretera está adornada por dos filas de grandes árboles que se bañan en dos arroyos, que limpios y alegres corren por las cunetas.

Es conocida con el nombre de avenida de los Suspiros, en honor sin duda de los enamorados que por ella pasan, para perderse entre los frondosos bosques que rodean el establecimiento de baños de Gourron.

La casa de que hablamos es una posada.

El forastero que busca un alojamiento económico y que recuerda las señas que le han dado de esta posada, la reconoce fácilmente, porque sobre la puerta, sujeta por una varilla de hierro, hay una cha- pa de palastro recortada de modo que re-